

ARTÍCULOS

ESTADO ACTUAL Y PERSPECTIVAS DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE HABLAS CRIOLLAS EN HISPANOAMÉRICA

Algunos amables colegas han pensado que podría ser útil el presentar un *status questionis* de los trabajos que, desde hace algún tiempo, me vienen ocupando acerca de las hablas criollas desarrolladas en Hispanoamérica entre los grupos étnicos de origen africano. Aunque, por tratarse aún de investigaciones en desarrollo, no me es posible presentar sino "aproximaciones provisionales... siempre abiertas a una corrección progresiva"¹ y, desde luego, abiertas a las rectificaciones que vayan aconsejando las diversas líneas de trabajo que en esta materia puedan trazarse, pienso que esta exposición de grandes líneas es, en estos momentos, conveniente no sólo para someter mi planteamiento metodológico en su totalidad a la apreciación y a las sugerencias de los especialistas, sino también para realizar una "vuelta de horizonte" que, al modo mariner, nos indique los avances en la ruta trazada, las posibles desviaciones y necesarias correcciones en el rumbo seguido y, sobre todo, las perspectivas y previsiones sobre el camino venidero, necesidades todas ellas verdaderamente urgentes en una materia científica que, como la que nos ocupa, está aún en sus primeros estadios de desarrollo.

Querría, pues, primeramente exponer de modo sucinto los sucesivos planteamientos de mi investigación sobre este tema, excusando lo que podría aparecer como una presunción poco modesta, no sólo con las palabras de Collingwood ("toda la historia es la historia del pensamiento del historiador") aplicadas a la actividad lingüística, sino, y sobre todo, porque —en mi opinión— es éste el camino más sencillo de resumir lo que deseo mencionar y, también, por-

¹ G. SOREL, *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, Paris, 1919, p. 7.

que me parece que así se resalta debidamente una de las constantes metodológicas que considero más fértiles en el campo de trabajo en el que me muevo: la estrecha interrelación entre los condicionamientos etnohistóricos y sociológicos y sus consecuencias en el ámbito lingüístico.

En efecto, puedo decir que el origen de mis investigaciones sobre las hablas criollas afroamericanas fue mi disconformidad con una afirmación generalmente aceptada y convertida en "cliché" lingüístico: la no existencia de dichas hablas en las zonas hispanófonas del Nuevo Continente. Aunque personalidades científicas actuales de la talla de un Zamora Vicente² en España, de un Silvio Zavala³ en México o de un Sidney Mintz⁴ en los Estados Unidos, han expuesto con energía, incluso alegando razones de índole sociohistórica, este punto de vista, no pude, por mi parte, sustraerme al pensamiento de que, al tomar en cuenta la vertiente etnohistórica del problema en toda su extensión, el rechazo a la existencia de hablas criollas en Hispanoamérica implicaba una contradicción con los datos de base, históricos y sociales, del problema planteado. Resumiendo mi punto de vista, puedo decir que mi idea era la de que, si —como afirma Sidney Mintz— la precondition necesaria y única para la formación de hablas criollas en América era la importación masiva de una población servil africana y su implantación en el centro de una economía colonial esclavista, predominantemente de plantación, no existían diferenciaciones tan marcadas entre las estructuras de servidumbre de la sociedad hispanoamericana colonial, por un lado, y las de las comunidades coloniales caribeñas francesas, inglesas u holandesas, por otro, como para justificar un resultado lingüístico tan opuesto en ambas áreas, de tal manera que, mientras en las pequeñas Antillas, Jamaica, Haití, Lui-

² *Dialectología Española*, Madrid, 1960, p. 350.

³ "Aspectos históricos de los desarrollos lingüísticos hispanoamericanos en la época colonial", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, vol. IV (1967), pp. 17-36.

⁴ Ponencia presentada en la Conferencia sobre pidgins y lenguas criollas que tuvo lugar en Mona, Jamaica, del 9 al 12 de abril de 1968.

siana o las Guayanas se encuentran en abundancia variantes criollas de habla, en el total ámbito geográfico hispanoamericano no se haya dado, nunca ni en ninguna parte, un fenómeno semejante.

No ignoraba, naturalmente, que, al igual que Gilberto Freyre en cuanto se refiere al caso brasileño, varios investigadores han hecho esfuerzos para demostrar por todos los medios que las condiciones generales de la esclavitud negra en Hispanoamérica fueron muy diferentes de las vigentes en las áreas coloniales no hispánicas de América,⁵ lo cual podría, caso de aceptarse, explicar bastante convincentemente la diversidad de resultados lingüísticos en cuestión. Pero trabajos como los de Acosta Saignes⁶ en relación con Venezuela, Jaramillo Uribe⁷ respecto de Colombia, y Magnus Mörner⁸ en un ámbito general, han demostrado convincentemente que los aspectos estructurales de la sociedad esclavista se dieron paralelamente en toda la América colonial, exceptuándose solamente algunos fenómenos jurídicos, folklóricos o religiosos sin especial incidencia en la vida real de amos y esclavos. No puede ser ésta la razón de la diferencia lingüística resaltada.

Bien es verdad, por otra parte, que la distribución racial poblacional en la América hispánica y en la no hispánica fue bastante diferente en la época colonial, y aún más después del siglo XIX. Esto, combinado con la diversa movilidad vertical de la población negra en las dos áreas (mucho mayor en las zonas hispánicas) y, también, con la variada proporción de etnocentrismo que en ellas encontramos en la actualidad, pudiera dar la clave de la contradicción que nos preocupaba.

Pero tampoco estos factores pueden ser tomados en cuen-

⁵ FRANK TANNEBAUM, *El negro en las Américas: esclavo y ciudadano*, Buenos Aires, 1968; HERBERT S. KLEIN, *Slavery in America: A comparative study of Virginia and Cuba*, Chicago, 1967; H. HOETINK, *The two variants of Caribbean race relations*, Londres, 1967.

⁶ *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas, 1967.

⁷ "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII", en *Ensayos sobre historia social colombiana*, Bogotá, 1968.

⁸ *Race mixture in the history of Latin America*, Boston, 1967.

ta, en lo que se refiere a la época esclavista hispanoamericana, para explicar el pretendidamente distinto comportamiento de esta zona respecto de la formación de hablas criollas. Tanto la mayor densidad de población no africana como la apreciable movilidad vertical y la comparativamente escasa importancia de los valores etnocéntricos, elementos todos ellos diferenciales respecto de la actual América no hispánica, pudieron constituirse en fuerzas impulsoras de una rápida transculturación (general y lingüística) después de la abolición de la esclavitud en Hispanoamérica, pero no antes, al menos de modo perceptible. En el período esclavista americano, estos factores no debieron actuar en proporciones diferentes en las dos porciones de la América colonial, la hispánica y la no hispánica. Lo impedían las normas sociales de las agrupaciones serviles, su funcionamiento y sus características geográficas y ecológicas. Otra cosa es lo que ocurre en Hispanoamérica con posterioridad a la abolición. En este período, la actuación de los condicionamientos mencionados (mucho más fuertes que en la América no hispánica) impulsó la transculturación de los núcleos de origen africano en la casi totalidad de las áreas de población negra, favoreció la sustitución de sus patrones de conducta y de sus elementos culturales por los hispánicos, y llevó a cabo, veloz y casi completamente, un proceso —según la terminología de Bastide— de desplazamiento de los “patrones” africanos por los simplemente *negros*. En este ámbito de cambio acelerado, la lengua se halló indudablemente incluida, y así se puede explicar la debilitación de la modalidad criolla de habla en Hispanoamérica, mucho mayor aquí que en la América no hispánica por las razones dichas. Pero esta diferenciación no es sino cuantitativa, no abarca el período anterior a la abolición de la esclavitud y, sobre todo, no me parecía probable que fuera tan implacablemente eficaz, que hubiera barrido totalmente todo resto del estadio anterior, en el que las hablas criollas, según mi concepto, se habrían desarrollado tanto en la América hispánica como en la no hispánica.

Resumiendo: la consideración de los condicionamientos etnohistóricos de la población negra de Hispanoamérica me

confirmaba en la contradicción que había apreciado entre las estructuras sociales de estos núcleos de origen africano y sus aparentes consecuencias lingüísticas (inexistencia en estas áreas de hablas criollas semejantes a las que se dan en la América no hispánica) y me llevaba a las conclusiones siguientes:

a) No hay razón alguna, dadas las estructuras sociales paralelas y los hechos históricos semejantes en relación con la esclavitud en la América española y la América no hispánica, para suponer otra cosa que no sea la similitud y paralelismo de las consecuencias lingüísticas de estos hechos.

b) La América española debió, pues, poseer en la época esclavista hablas criollas entre la población de origen africano, semejantes a las que, simultáneamente, se daban en las otras áreas esclavistas del Caribe.

c) El proceso de transculturación de las comunidades negras en Hispanoamérica, muy acelerado después de la abolición de la esclavitud, debió debilitar y destruir en su mayor parte estos fenómenos lingüísticos.

d) Sin embargo, este proceso ha podido no ser completo y haber dejado aún, en nuestros días, rastros analizables del estadio lingüístico anterior.

Era preciso, ahora, asentar —o descartar— estas hipótesis en la prueba definitiva de su confrontación con los hechos, llevando a la práctica el principio metodológico expuesto por Henri Poincaré en *La science et l'hypothèse* y elevado más tarde a axioma por N. R. Cohen y E. Nagel: ⁹ “Obtenemos las pruebas de los principios apelando al material empírico, y seleccionamos, analizamos e interpretamos el material empírico basándonos en los principios”.

Esta etapa de mi trabajo debería, pues, rastrear, por una parte, los testimonios históricos de la existencia de formas criollas de habla en el período colonial hispanoamericano, siendo tanto más valiosos los obtenidos cuando mayor fuera su antigüedad, y, por otra, localizar los vestigios actuales —o de un pasado inmediato— de dichas hablas.

⁹ *Introduction to logic and scientific method*, New York, 1934, p. 596.

La primera de estas tareas era, *a priori*, difícil de realizar, dada la escasa atención que merecían, por parte de las autoridades y particulares hispánicos asentados en América, las actividades de los esclavos negros que no pudieran, por su carácter, tener repercusiones económicas o administrativo-jurídicas, como era evidentemente el caso del habla empleada por éstos. Por lo cual, las posibilidades de encontrar menciones utilizables eran muy pequeñas. Es cierto que existen testimonios paralelos de carácter literario (en Sor Juana Inés de la Cruz, por ejemplo) sobre el "habla de negro" en Hispanoamérica, pero su estilización deformadora, inspirada en modelos peninsulares (Lope, Góngora, etc.), los hace poco o nada útiles para la finalidad testimonial pretendida. Quedaba una posibilidad, aunque pequeña, para realizar la tarea propuesta: encontrar alguna mención del habla de los negros esclavos de Hispanoamérica en los escritos de eclesiásticos encargados de su atención espiritual, en cuya labor este aspecto sería, por causas obvias (confesión, predicación), importante. Este ánimo me llevó, lógicamente, a consultar la obra, clásica en este tipo de estudios, del jesuita Alonso de Sandoval, *De Instauranda Aethiopum Salute*, publicada en Sevilla en 1627 y elaborada probablemente en Lima, entre 1617 y 1619, con las experiencias recogidas en la labor evangelizadora realizada desde 1605 en los depósitos de esclavos de Cartagena de Indias. Mi búsqueda tuvo resultado positivo. El P. Sandoval no sólo menciona con toda claridad la existencia de una modalidad lingüística propia de los esclavos negros, diferente de sus lenguas nativas africanas y del español *standard*, sino que resalta su semejanza con el habla de Santo Tomé, es decir con el criollo portugués de aquella isla africana, aún existente hoy día, que él conocía por su frecuentación de las tripulaciones portuguesas de navíos negreros de allí procedentes. No parece haber duda, pues, de que en las áreas de la Sudamérica española, que eran surtidas de esclavos desde Cartagena, existía en los primeros años del siglo xvii y, con seguridad, aún antes, un habla criolla manejada corrientemente por la población servil de origen africano, habla diferente del criollo portugués africano (quizá en el léxico, progresivamente hispanizado) pero

similar a él (posiblemente en las estructuras morfosintácticas).¹⁰

Una vez abordado, con resultados satisfactorios, este primer aspecto de mi investigación, restaba enfrentarse con el segundo, es decir con la identificación o localización de los posibles islotes de retención moderna de la modalidad criolla de habla existente, como hemos visto, en siglos anteriores. Partiendo de los principios metodológicos que he expuesto en uno de mis artículos,¹¹ mi atención se dirigió hacia dos posibles "áreas fértiles", determinadas por diferentes condicionamientos históricos y sociales. Por una parte, era obvio que la posibilidad de conservación de modalidades criollas de habla era mayor en aquellos territorios en los que la esclavitud se conservó más tiempo, como Cuba y Puerto Rico, dejando menos margen temporal a la desintegración de las estructuras culturales ligadas a la institución de la servidumbre africana mediante el contacto abierto y la asimilación de los patrones de conducta hispánicos. No era impensable que el habla que sirvió de vehículo de comunicación normal entre los moradores de los barracones de esclavos importados de África hubiera pervivido, de generación en generación, por un proceso de continuidad ininterrumpida, renovado en cada nuevo caso de incorporación de negros "bozales" a la vida esclava de América, hasta el siglo pasado y, quizá, hasta el actual en las islas del Caribe que mantuvieron, bajo el dominio español, la institución de la esclavitud hasta el último cuarto del siglo XIX.

En efecto, en un primer momento no me fue difícil identificar las características de la denominada "habla bozal" puertorriqueña del siglo pasado,¹² no con las incorrecciones

¹⁰ Véase mi artículo "Un temprano testimonio sobre las hablas criollas en África y América", en *Thesaurus (Boletín del Instituto Caro y Cuervo)*, XXV (1970), pp. 1-11.

¹¹ "Sobre el estudio de las hablas criollas en el área hispánica", en *Thesaurus*, XXIII, 1968.

¹² Bien expuestas en los trabajos de M. ÁLVAREZ NAZARIO, "Notas sobre el habla del negro en Puerto Rico durante el siglo XIX", en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, II, núm. 2 (1959), pp. 43-48, y *El elemento afronegroide en el español de Puerto Rico*, San Juan, 1961.

de quienes, dentro de las tendencias de un idioma materno africano nativo, intentan expresarse en un castellano deficientemente aprendido, sino con los rasgos inconfundibles de la estructura lingüística criolla: marcas preverbiales de aspecto con verbo invariable, anulación de morfemas numéricos y genéricos en sustantivos y adjetivos, construcciones paratácticas indicadoras de posesión, inexistencia de cópula con adjetivos de estado permanente, etc.¹³ Al menos en el Puerto Rico del siglo XIX existió —como yo suponía— un considerable, aunque ya erosionado, resto de habla criolla entre la población de color, la cual —parece— pervive aún hoy de mínimo, aunque perceptible, modo.¹⁴

Me extrañaba, sin embargo, no hallar un estado similar de cosas en Cuba, donde el número de esclavos fue mucho mayor que en Puerto Rico a finales del siglo XIX, y donde los núcleos negros conservaron largo tiempo su cohesión social y sus patrones de conducta africanos con intensidad y vigor excepcionales. Estaba a punto de abandonar mi búsqueda, teniendo en cuenta, sobre todo, la opinión resueltamente negativa al respecto de Humberto López Morales,¹⁵ cuando el extraordinario libro *El Monte*, de la gran investigadora Lydia Cabrera, consultado por otros motivos, me proporcionó, al fin, los datos que ya desistía de conseguir. Cantos de carácter religioso y, sobre todo, trozos de conversaciones mantenidas por ancianos negros habaneros con la autora son transcritos por Lydia Cabrera con toda fidelidad y, sin lugar a dudas, ofrecen características lingüísticas criollas, aún más puras que los textos puertorriqueños.¹⁶ Pero lo que es más de destacar es que los materiales recogidos por Lydia Cabrera no proceden del siglo pasado ni de las primeras décadas del actual, sino —ella misma lo expone— de los años inmediatamente anteriores a la publicación de

¹³ Cf. mi trabajo "La tipología criolla de dos hablas del área lingüística hispánica", en *Thesaurus*, XXIII, 1968.

¹⁴ Cf. D. LAWTON, *The Question of Creolisation in a Dialect of Spanish (Puerto Rico)*, multicopiado.

¹⁵ "Elementos africanos en el español de Cuba", en *Boletín de Filología Española*, núms. 20-21 (1966), pp. 27-43.

¹⁶ Mi estudio sobre este tema se publicará en el *Boletín de la Real Academia Española* próximamente.

su libro (1954). Es decir que, en Cuba, todavía el habla criolla más auténtica y menos desnaturalizada, la que los anglosajones denominan "deep creole", era usada corrientemente, no hace aún veinte años, por las generaciones negras ancianas en la propia capital y de modo totalmente espontáneo y normal. Ninguna confirmación mejor podía desear para mi hipótesis de trabajo.

Después de terminar de investigar la primera de las "áreas fértiles" de que hablé anteriormente, la constituida por Cuba y Puerto Rico, quedaba todavía abierta la exploración de la segunda de ellas. Esta posible "área fértil" es la formada por los núcleos humanos actuales descendientes de los esclavos negros cimarrones establecidos en siglos pasados en *cumbes* o *palenques*.

El aislamiento de estas agrupaciones respecto de la sociedad hispánica que las rodeaba, y su actitud de hostilidad y desconfianza con relación a ella las convierten en un excelente caldo de cultivo de retenciones culturales, en "civilizaciones en conserva" según expresión de Bastide, que han podido preservar patrones culturales de comportamiento africanos desaparecidos en el resto de las sociedades negroamericanas. La posibilidad de que estas retenciones abarcaran también elementos lingüísticos procedentes de un estadio criollo de habla podía ser asentada, en nuestro caso, en el hecho paralelo de la conservación del saramacca entre los "Bush-negroes" de la Guayana, dato suficientemente conocido por los especialistas.

Es cierto que la mayor parte de los *palenques*, *cumbes* o *quilombos* que, desde el siglo XVI al XIX, se formaron en Hispanoamérica desaparecieron como consecuencia de las medidas represivas de las autoridades coloniales, según ocurrió en el Brasil con el famoso quilombo de Palmares, o, si persistieron como tales, se fundieron progresivamente con la sociedad hispánica que los rodeaba, perdiendo así sus caracteres diferenciales. Pero, a mi juicio, sería posible encontrar, aún, restos actuales de comportamientos lingüísticos del tipo buscado en casos en que, por la acción de determinados factores sociales y ecológicos configuradores (aislamiento, endogamia, etc.) la personalidad diferencial de los

viejos palenques se hubiera conservado, parcialmente al menos.

La primera comprobación de esta hipótesis me la facilitó una localidad colombiana, San Basilio de Palenque (Departamento de Bolívar), descendiente actual —como indica su nombre— de un grupo de esclavos cimarrones establecido en las sabanas de Cartagena en 1599. Su habla había sido descrita parcialmente por Aquiles Escalante en 1954,¹⁷ y estudiada en 1962 por José Joaquín Montes.¹⁸ Este último la había descrito como “un habla esencialmente española... con la agudización y avanzadísimo desarrollo de numerosas tendencias vulgares, comunes unas a casi todas las hablas españolas... y frecuentes otras en varios dialectos”. Un análisis serio me puso de manifiesto lo equivocado de este diagnóstico. El “palenquero” es, sin duda, un habla criolla por sus características generales, similares a las que encontramos en las hablas cubanas y puertorriqueñas ya mencionadas, pero, además, ofrece rasgos conservadores y arcaicos inexistentes en aquéllas, como son los que afectan al sistema pronominal, a las marcas aspectuales del verbo, a la posición de la negación, a la persistencia parcial del tono, etc.,¹⁹ que son debidos sin duda al aislamiento del Palenque de San Basilio, casi completo hasta no hace muchos años.

A esta conclusión, que considero firme, llegamos simultáneamente el entonces profesor de la Universidad de Guyana, Derek Bickerton,²⁰ y yo,²¹ aunque nuestros dos trabajos se elaboraron separadamente y sin conocimiento mutuo de nuestros puntos de vista, lo que aumenta —creo— el valor de nuestra coincidencia de apreciación.

Prosiguiendo esta línea de trabajo, pude reunir también

¹⁷ “El Palenque de San Basilio”, en *Divulgaciones Etnológicas* (Barranquilla), III, núm. 5, 1954.

¹⁸ “Sobre el habla de San Basilio de Palenque”, *Thesaurus*, XVII, 1962.

¹⁹ Algunas de estas cuestiones son examinadas en mi artículo citado en la nota 14.

²⁰ DEREK BICKERTON y AQUILES ESCALANTE, “Palenquero: a Spanish-based Creole of Northern Colombia”, en *Lingua*, XXIV, núm. 3 (1970), pp. 254-267.

²¹ Artículo citado en la nota 14.

información coincidente con la recogida sobre el Palenque de San Basilio en otras dos áreas pobladas hoy por descendientes de cimarrones, una de Panamá, Palenque, cerca de Portobelo, y otra del Ecuador. El primero de los datos me fue comunicado por Keith Whinnom, y el segundo me llegó a través de un trabajo poco conocido de un autor de ámbito local, Modesto Chávez Franco, el cual parece dar a entender que la modalidad lingüística propia del Palenque ecuatoriano, llamada por él "pechelingüe", se encuentra ya extinguida, a diferencia del caso panameño, que debería ser estudiado y dado a conocer convenientemente con urgencia.²²

Aún puedo añadir a lo anterior algún caso más, similar a los ahora citados, de vestigios de hablas criollas encontrados en comunidades actuales originadas en antiguos núcleos de cimarrones. Así ocurre en Uré (Colombia), lugar que sirvió de refugio en 1706 a los supervivientes de varios palenques asaltados y destruidos por las tropas españolas en zonas cercanas, y al cual, en algún trabajo mío, consideré como probable área de retención de modalidades lingüísticas criollas. Lo pude comprobar, en los últimos días de mi permanencia en Colombia, en 1970, por medio de una pequeña encuesta realizada en Bogotá con dos ancianos naturales del pueblo, encuesta provisional e insatisfactoria, pero mediante la cual establecí, sin lugar a serias dudas, que Uré ha conocido hasta hace poco tiempo un estado lingüístico semejante al de San Basilio de Palenque, si bien menos arcaico y considerablemente empobrecido por la presión del castellano popular de la zona. Parece que la generación joven ya no maneja la vieja habla criolla que aún conocían, aunque muy imperfectamente, mis dos informantes.

Por otra parte, y sin entrar en detalles que reservo para un trabajo futuro, al que precederá una comprobación sobre el terreno de la exactitud de los datos, no directos pero sí confiables, que poseo, quisiera añadir a esta lista —quizá breve, pero de todos modos significativa— de áreas hispanoamericanas que en la actualidad (o en un inmediato pasado) han retenido restos más o menos considerables de un es-

²² Sobre estos aspectos, cf. mi artículo, "Cimarronismo, palenques y hablas criollas en Hispanoamérica", *Thesaurus*, XXV, 1970.

tadio lingüístico criollo entre la población de color, algunas localidades del Departamento del Chocó, en Colombia, cuyos nombres me reservo por ahora. Estos lugares no fueron, en lo que sé, poblados por núcleos de negros cimarrones, pero sus circunstancias etnohistóricas y ecológicas (homogeneidad poblacional de origen africano, procedencia de áreas mineras de explotación colonial por mano de obra esclava, aislamiento total desde principios del siglo pasado, etc.) han hecho que hayan preservado hábitos culturales y patrones lingüísticos muy arcaicos y, entre ellos, un uso sociolingüístico peculiar —al que me referiré en otra ocasión— de la modalidad criolla de habla.

Sintetizando, podemos, creo, extraer de todo lo anteriormente expuesto las conclusiones siguientes: a) la Hispanoamérica colonial conoció, probablemente a partir del siglo XVI, un habla criolla manejada por la población esclava de origen africano; b) esta modalidad lingüística, sometida a un fuerte proceso de asimilación a partir de principios del siglo XIX (en el Continente), se transformó en un "continuum postcriollo" semejante al que se encuentra hoy, por ejemplo, en Jamaica y, progresivamente, se fue distanciando cada vez más del polo conservador criollo, y acercándose al polo innovador, castellano *standard* (o *substandard*), con el cual acabó finalmente por confundirse en la mayor parte del territorio hispanoamericano; c) una mayor retención de los rasgos lingüísticos criollos tuvo lugar en aquellas zonas en las que, por peculiares condicionamientos sociológicos, históricos y ecológicos, este proceso asimilador fue menor en intensidad (antiguos palenques, áreas aisladas) o más breve en duración (Cuba y Puerto Rico); d) testimonios de este proceso de retención parcial de un estadio criollo anterior pueden considerarse los casos citados del "habla bozal" puertorriqueña del siglo pasado y sus vestigios presentes, el habla cubana actual de la generación más vieja de color, el palenquero de Colombia, la extinguida modalidad lingüística del Palenque ecuatoriano, la semiextinta de Uré, la aún viva, al parecer, del Palenque panameño y, finalmente, la sociolingüísticamente peculiar habla de áreas del Chocó (Colombia).

Pienso, en vista de ello, que los resultados obtenidos hasta aquí sitúan sobre una base factual sólida la hipótesis de trabajo que me guió y, por el contrario, descartan la tesis, aceptada hasta ahora de modo casi general, de que en la América hispánica no se emplearon, nunca y en ningún punto, hablas de tipo criollo semejantes a las que se dan hoy en el Caribe no hispánico.

Deseo resaltar aquí debidamente, por lo que ello puede representar de confirmación indirecta a las posiciones teóricas que he expuesto, que, partiendo de esquemas inductivos semejantes a los que yo mismo he emplado en cuanto a Hispanoamérica, un grupo de investigadores norteamericanos, encabezado por J. L. Dillard²³ y W. A. Stewart,²⁴ ha llegado a conclusiones plenamente similares a las mías en cuanto a la existencia histórica de formas criollas de habla en las áreas de población negra de los actuales Estados Unidos, estadio que sobrevive hoy día solamente en el *gullah* de las Sea Islands, South Carolina y Georgia,²⁵ pero que puede ser rastreado a través de testimonios literarios e históricos, y determina parcialmente las estructuras del llamado *Black English* en aquellas zonas, a través de un proceso de descriollización progresiva en el contexto de un "continuum postcriollo". Debo añadir que, también en este caso, la investigación de los profesores Dillard y Stewart me fue desconocida hasta culminar la mía propia (así como a la inversa), y que, solamente después de publicar nuestros trabajos, conocimos mutuamente el paralelismo de sus resulta-

²³ Véanse, sobre todo, "Negro nonstandard dialects: Convergence or divergence?", en SZWED y WHITTEN, *Afro-American Anthropology*, Nueva York, 1970; *Black English in Nova Scotia: Historical considerations*, y *On the beginnings of Black English in the New World*. Estos dos últimos trabajos me han sido enviados amablemente, en forma ciclostilada, por el autor.

²⁴ "Sociolinguist factors in the history of American Negro dialects", en *Florida Foreign Language Reporter*, V, núm. 2 (1967), pp. 11-29, y "Continuity and change in American Negro dialects", en la misma publicación, VI, núm. 2 (1968), pp. 3-14.

²⁵ Cf. LORENZO DOW TURNER, *Africanisms in the Gullah Dialect*, Chicago, 1949.

dos, lo que hace aún mas significativa la coincidencia, prácticamente completa, de los mismos.

Si, en razón de lo expuesto hasta aquí, se aceptan, no ya como nueva hipótesis de trabajo, sino como datos sólidamente asentados en la realidad, las conclusiones, anteriormente expuestas, de mis estudios, parece claro que, al menos en las áreas hispanoamericanas que albergaron una población esclava de origen africano densa y homogéneamente agrupada en la época colonial,²⁶ el patrón histórico convencional aplicado comúnmente a la hispanización de las poblaciones de color en la América española, no puede ser mantenido. No es posible considerar, en este caso, que la tensión lingüística se hubiera establecido entre los dos polos de las lenguas nativas africanas por una parte y el castellano *standard* o *substandard* por otra, de tal manera que, al abandonarse progresivamente aquéllas, fueran adquiriendo ésta los esclavos a través de un proceso continuo, progresivo y unívoco. Es preciso considerar en presencia no dos sino tres estratos de lengua entre las agrupaciones coloniales de origen africano: uno de ellos constituido por la lengua nativa de procedencia, la cual, siendo diferente en cada núcleo tribal y por ello incapaz de solucionar las necesidades comunicativas entre los esclavos que formaban el personal de cada explotación agrícola o minera, terminó por desaparecer o, al menos, por emplearse con fines restringidos o en casos determinados;²⁷ otro, el castellano, solamente se difundiría con rapidez y facilidad entre los "esclavos de casa" del período colonial o en casos de coexistencia normal entre esclavos y población blanca (o india), pero no en los núcleos compactos, coherentes y marginados de esclavos de "tala" o "de mina"; el tercero, el criollo, conocido ya por bastantes

²⁶ Este requisito quizá excluya el cono sur del continente y las zonas andinas del Perú, el Ecuador, Colombia y Venezuela, además de parte de los territorios de la actual Centroamérica y de México, áreas donde la población negra esclava fue escasa o donde, no siéndolo, su relativa dispersión no facilitó las condiciones sociales y ecológicas para la perpetuación del habla criolla.

²⁷ Como el yoruba cubano, el kromanti de Jamaica o el langu de Surinam. Véase, para el primero, LYDIA CABRERA, *Anagó. Vocabulario lucumí (El yoruba que se habla en Cuba)*, La Habana, 1957.

esclavos en las costas africanas, podía servir, por el contrario, como excelente instrumento neutral de comunicación entre todos ellos, no sólo por su sencillez y fácil aprendizaje (recuérdense las notas de eficiencia y simplicidad que Hjelmslev y, más recientemente, J. Voorhoeve consideran distintivas del criollo), sino también por su relativa uniformidad estructural. Vista desde esta perspectiva, la historia lingüística de las zonas de abundante población africana en Hispanoamérica asume contornos que la asemejan al proceso diacrónico experimentado en zonas como Jamaica, las Guayanas o el Sur de los Estados Unidos, territorios en los cuales la adopción de la lengua *standard* se ha verificado a través de una evolución consistente en la progresiva adopción de los rasgos estructurales de la misma por superposición y modificación de los propios del habla criolla, los cuales influyen aún, más o menos abiertamente, en aquéllos, al modo de sustrato activo. Este *continuum* entre un polo criollo absoluto (*broad creole*) y otro polo representado por el habla de superestrato político y social, bien descrito por David de Camp y Robert B. Le Page,²⁸ debió darse también en Hispanoamérica al igual que, con seguridad, se produjo —y aún hoy se encuentra— en áreas del Caribe no hispánico. Más adelante me referiré a posibles implicaciones de este planteamiento en los estudios de dialectología hispanoamericana.

Antes, sin embargo, de remontarse al grato pero también peligroso ámbito de las ideas generales y de las perspectivas de conjunto, es preciso volver a tomar contacto con aspectos más humildes de la realidad y, prosiguiendo con nuestra línea concreta de investigación, reconocer que, si bien —creo— facilita posibilidades de trabajo en un campo hasta hace bien poco inexplorado, es necesario, para plasmar la potencialidad en realidad, elaborar antes toda una serie de trabajos que yo no puedo aspirar a dar cima personalmente, y para los cuales será necesaria la aportación especializada de otros lingüistas.

²⁸ Cf. ROBERT B. LE PAGE y DAVID DE CAMP, *Jamaican Creole*, Londres, 1960.

De muy sucinto modo expondré a continuación diferentes aspectos que necesitan consideración detallada, si se quieren llevar los estudios sobre el habla criolla hispanoamericana al grado de desarrollo que ya han alcanzado los realizados sobre otras áreas lingüísticas criollas. Si los clasificamos, convencional y quizá no muy exactamente, en aspectos sincrónicos y aspectos diacrónicos, podría decirse que éstos son, quizá, más atrayentes por sus implicaciones etnohistóricas y sociológicas, más amplios en cuanto al ámbito de su problemática y, también, menos urgentes. Los aspectos sincrónicos son más concretos y restringidos, pero más urgentes.

A mi parecer, los trabajos que deben ser emprendidos en el campo sincrónico pueden ser incluidos en los apartados siguientes, enumerados en orden de urgencias y necesidades: *a)* recogida de materiales, *b)* presentación normalizada de los mismos, *c)* descripción de rasgos y estructuras, *d)* comparación de elementos con los de otras hablas criollas americanas y extraamericanas, *e)* clasificación, y *f)* fijación de peculiaridades sociolingüísticas.

Nada diré sobre la presentación de materiales, salvo resaltar la conveniencia —que ya expresé en otro lugar— de realizar esta tarea con criterios uniformes y homogéneos en todas las áreas estudiadas y por todos los investigadores a ello dedicados, ni tampoco sobre la descripción de rasgos y estructuras, excepto prevenir sobre la tentación de estudiar más de lo necesario las características fonéticas (tradicción de nuestros trabajos dialectales) a expensas no ya de las características morfosintácticas (cosa impensable, pues en ellas consiste la originalidad de las lenguas criollas), sino de las léxicas y semánticas, campos frecuentemente dejados de lado y cuya importancia han puesto de relieve trabajos como los de Hancock²⁹ y Frake.³⁰ Quiero destacar, en cambio, haciendo un llamado a la colaboración de todos los lingüistas interesados

²⁹ IAN F. HANCOCK, "A provisional comparison of the English-based Atlantic creoles", en *Journal of African Languages* (cito por separata).

³⁰ Véase su ponencia sobre la estructura semántica del habla "chabacana" de Zamboanga, presentada en la Conferencia de Mona de 1968.

en el tema, la urgencia de una toma de conciencia colectiva ante el problema planteado por la recogida sobre el terreno de materiales lingüísticos del criollo hispanoamericano. Casos sobradamente conocidos, como el del criollo portugués de Indonesia o el *Negerhollands* de las Islas Vírgenes, prácticamente desaparecidos sin haber podido ser ampliamente estudiados, nos precaven de la posibilidad de que, en nuestro campo, pueda ocurrir lo mismo, como, en efecto, ha acaecido, al menos en Uré (Colombia) y en Palenque (Ecuador). Es vitalmente necesario para nuestros estudios recoger inmediatamente y de modo exhaustivo testimonios completos de las hablas criollas hispanoamericanas que aún están —según parece— vivas. El palenquero de Colombia, el habla criolla de Cuba y la variedad panameña deben ser salvadas del olvido mediante una acción rápida, coordinada y completa. Si los antropólogos manejan una "antropología de urgencia" destinada a rescatar para la ciencia rasgos culturales de inminente desaparición, nosotros podemos, perfectamente, hablar de una "lingüística de urgencia", que, con la misma finalidad, preserve los últimos e irremplazables restos de unas estructuras lingüísticas que, inexorablemente, se extinguen ante nuestros ojos. Es ésta una tarea ante la que ningún lingüista puede sentirse indiferente, a pesar de las dificultades de todo tipo que, sin duda, la rodean, ya que de su realización depende que un campo completo de investigación hispanoamericana pueda seguir siendo estudiado o, por el contrario, se oculte, en poco tiempo, tras las tinieblas de lo irrecuperablemente pretérito. En otro orden de cosas, menos dramático, querría mencionar la conveniencia de conectar las hablas criollas de Hispanoamérica con el resto de las de este tipo, mediante una técnica comparativa adecuada. Por razones que expondré más tarde, pienso que será fructífero establecer una comparación de estructuras lingüísticas entre nuestras variedades de criollo y los criollos portugueses del África atlántica. En este momento me encuentro dedicado a esta tarea a propósito de determinados rasgos palenqueros, y puedo adelantar que los resul-

tados son realmente sugestivos. También se debería, naturalmente, establecer una comparación estructural entre el palenquero, el saramacca de Surinam y el gullah de Estados Unidos, ya que, por lo que sabemos, existe entre estas hablas comunidad de formación geográfica africana, y, del mismo modo, entre el habla criolla cubana y puertorriqueña y la de Jamaica, etc. Todo ello sin olvidar al papiamento, que debe ser pieza clave en el enfoque comparativo que se dé a los criollos de Hispanoamérica.

Por lo que se refiere a la fijación de peculiaridades sociolingüísticas, debo manifestar que, con los datos que actualmente tengo en mi poder y utilizando como base la metodología expuesta por William A. Stewart,³¹ convenientemente modificada, estoy elaborando un estudio que espero pueda ser útil para el mejor conocimiento de las similitudes y divergencias que, en este campo, presentan los criollos hispanoamericanos con respecto a los del Caribe no hispánico, semejanzas y diferencias en ocasiones muy notables y significativas.

Algunas de las cuestiones planteadas por los trabajos de carácter sincrónico enumerados hasta aquí, por ejemplo la unidad o diversidad de rasgos lingüísticos entre hablas criollas hispanoamericanas de áreas distantes, no pueden ser, empero, resueltas sin partir de un enfoque diacrónico que las coloque en su verdadera circunstancia histórica. Es conveniente, pues, exponer ahora las líneas maestras de investigación que, a mi parecer, deben constituir la osamenta metodológica de las labores diacrónicas acerca de las hablas criollas de Hispanoamérica.

Lo primero que deseo destacar a este respecto es que todo estudio, mínimamente exigente, que se desee realizar en este campo debe ir precedido no sólo, lógicamente, de una formación lingüística especializada, sino también de un conocimiento igualmente especializado de ámbitos históricos,

³¹ "A sociolinguistic typology for describing national multilingualism", en JOSHUA A. FISHMAN, *Readings in the Sociology of Language*, La Haya-Paris, 1968, pp. 531-545.

antropológicos y sociológicos, que, desgraciadamente, no suelen transitar, quizá por un residuo invencible de prejuicios neogramáticos, algunos estudiosos de dialectología hispanoamericana. Por otra parte, como contrapartida positiva de la afirmación anterior, quiero resaltar el valor formativo que pueden tener, para los jóvenes lingüistas de nuestros países, las investigaciones realizadas en este campo, en el cual los datos lingüísticos objeto de estudio se hallan íntimamente conectados a y son claramente dependientes de procesos vitales dramáticos llenos de vibración apasionada, del sudor, la sangre y la violencia de generaciones enteras de hombres. Nada mejor para la formación de especialistas que puedan, así, considerar sus estudios como algo que no tiene lugar en el "topos ouranos" de las ideas puras, y sí en el ámbito, a veces terrible, en que se entrecruzan las pasiones y los intereses de hombres y de pueblos.

Tal como yo veo el problema, el enfoque de la diacronía relacionada con los criollos hispanoamericanos debe considerar tres procesos históricos, ligados lógicamente y cronológicamente, pero separados por su diferente ámbito y problemática. El primero se refiere a la génesis y formación de las hablas criollas hispanoamericanas, el segundo a su transformación y reestructuración en tierras americanas, y el tercero a la disolución progresiva de las mismas en el castellano *standard* de cada zona hispanoamericana.

El primero de estos procesos es, creo, el que hasta ahora ha producido mayores enfrentamientos de opinión y mayores disentimientos entre los especialistas. Como la extensión limitada de este trabajo no se presta a discusiones de puntos de vista personales, me limitaré a exponer aquí mi propia postura, reservando para otras ocasiones la defensa en profundidad de la misma. Como ya he expuesto en varias ocasiones, creo que los criollos hispanoamericanos no se originaron en el Nuevo Continente, sino que encuentran su base estructural en las hablas criollas desarrolladas, en un "continuum" geográfico, en las costas africanas, como resultado de las actividades comerciales, militares y religiosas portuguesas desarrolladas entre los siglos xv y xvii, en lo cual

coincido en gran parte con especialistas como Stewart, Taylor, Whinnom, Thompson, aunque difiriendo de ellos en puntos significativos, como es, por ejemplo, el rechazo actual por mi parte de la teoría del llamado "protocriollo" unificado, y mi aceptación, por el contrario, de una diversificación temprana en los criollos portugueses de África. El aceptar este punto general de partida, que ha sido recogido por estudios tan recientes como el de I. Hancock sobre los criollos de base inglesa en América,³² nos obliga a enfrentar el reto de trazar una panorámica completa de la perspectiva sociohistórica del África negra (sobre todo en sus zonas costeras) durante las épocas mencionadas, de la que no estén excluidos ni los datos históricos de base, ni los geográficos, antropológicos, sociales, culturales y lingüísticos, todo ello con atención preferente a las modalidades del proceso de contacto luso-africano, decisivas en la formación del criollo portugués de África. En lo que se refiere a mis propios trabajos, puedo adelantar que una investigación de este tipo que he realizado sobre el área Senegal-Guinea portuguesa y ex-francesa-Sierra Leona, me ha demostrado lo fructífero lingüísticamente de este enfoque y me ha permitido fijar, con garantías de veracidad y congruencia, los parámetros principales de la formación en aquellas áreas de las hablas criollas portuguesas, aunque, dada la rareza de las fuentes que se deben consultar, no me es posible presentar aún completos todos los puntos que deseo exponer.

El segundo proceso que debe ser estudiado abarca, en mi opinión, dos aspectos diferentes, en relación uno con el fenómeno de la "trata" de esclavos negros y sus temas conexos (comerciales, humanos, geográficos, históricos), y abarcando, el otro, todo lo que integra el amplísimo tema del asentamiento de los núcleos negros esclavos en la América española (distribución territorial, modalidades de trabajo, agrupamiento social y sus características, tipos de vida y de relaciones interpersonales, etc.). El primero de estos aspectos explica cómo se realizó el trasplante de una modalidad lingüística criolla de África a América, y el segundo sienta los

³² Cit. en la nota 30.

datos necesarios para comprender cómo esta modalidad lingüística evolucionó desde la base citada a un estadio final léxicamente diverso y diferente, en parte, también desde el punto de vista de las estructuras morfosintácticas de su forma gramatical originaria, como resultado de la acción de las variables etnohistóricas que actuaron en cada área geográfica y en cada situación social. Así pueden explicarse, por ejemplo, las diferencias estructurales entre el palenquero y el habla bozal cubana como la derivación lingüística de dos desarrollos históricos radicalmente diferentes: el experimentado por una comunidad relativamente homogénea de esclavos cimarrones, y el propio de una subcultura étnicamente heterogénea, culturalmente fragmentada y socialmente sometida a un fuerte proceso de adaptación cultural. Del mismo modo, la sociología y la etnohistoria podrían facilitar la base de interpretación del fenómeno, primario para nuestros estudios, de la utilización del criollo en los siglos XVI y XVII como instrumento de comunicación por parte de los esclavos, de origen heterogéneo, de plantaciones y minas, y de la adopción de este estado de cosas por las oleadas de africanos inmigrados en épocas posteriores. Y, en resumen, podrán fijarse sólidamente los fundamentos de análisis de la compleja situación lingüística de los grupos afroamericanos de la época colonial, insertándola, como un elemento más de ella, en el funcionamiento de una sociedad y de una cultura concebidas como totalidad estructural.

Procedimientos semejantes de trabajo deberán aplicarse al proceso de desaparición de las hablas criollas en Hispanoamérica a través de una sucesión de etapas cuya fundamentación, causas y paralelismos históricos son bien conocidos en otras áreas americanas. La suplantación progresiva de los esquemas lingüísticos criollos por los castellanos se produjo estrechamente ligada a una serie cronológica de acontecimientos sociohistóricos, los cuales deben ser cuidadosamente analizados en relación con el hecho de lengua que nos interesa. Citaré, sin exhaustividad, la descomposición de la estructura de castas en la sociedad hispanoamericana del siglo XVIII, las luchas de independencia con los movimientos concomitantes de carácter social que, particularmente en Ve-

nezuela, afectaron fuertemente a la población de color, "pardos" y "morenos", la incidencia de estas nuevas pautas sociales en el período siguiente a la independencia de la América continental hasta el punto, comprobado especialmente en Colombia,³³ de que la institución esclavista, que se había intentado mantener, fue pronto insostenible, no sólo por la presión exterior inglesa, sino —y sobre todo— por causas internas relacionadas con la desaparición de los viejos patrones de conducta entre los esclavos, la abolición de la institución misma de la esclavitud y, finalmente, las complejas circunstancias que, en cada nueva nación, impulsaron, contuvieron o modificaron la asimilación de los elementos de la subcultura africana en las sociedades hispanoamericanas contemporáneas.

Estos hechos, complejos y frecuentemente mal estudiados en relación con la vertiente que nos interesa, determinan las bases de construcción de un modelo analítico que da lugar, en cada área, a una peculiar adaptación a cada sistema concreto de variables sociohistóricas y con ayuda del cual se podrá dar razón, al menos parcialmente, de las modalidades y ritmos que en cada una de las zonas americanas presentan los procesos de adaptación lingüística entre la población de origen africano.

Es conveniente terminar aquí esta exposición, quizá demasiado extensa por una parte, aunque, simultánea y forzosamente, en exceso esquemática por otra. He intentado en ella trazar las grandes líneas de una investigación en marcha que parece delimitar un ámbito de estudios incitante en la lingüística hispanoamericana, en el cual se entrecruzan los datos escuetos de las estructuras de fonemas o de morfemas con los latidos vitales de una historia en carne viva y de una actualidad dramática. El acierto o desacierto al tratarlo dependerá, en gran parte, de nuestra sensibilidad a los condicionamientos de una lingüística que, sin abandonar su irrenunciable vocación de rigor, está igualmente abierta a los valores y actitudes del hombre, de las sociedades y de las

³³ Cf. WILLIAM F. SHARP, "El negro en Colombia: manumisión y posición social", en *Razón y Fábula* (Bogotá), núm. 8 (1968), pp. 91-107; también los trabajos de Robert C. West.

culturas. Esto es lo que, fundamentalmente, he querido destacar en este planteamiento de un tema aún, en gran parte, problemático.³⁴

GERMÁN DE GRANDA

Universidad Autónoma de Madrid.

³⁴ El texto de este trabajo fue redactado en mayo de 1971 para ser presentado como comunicación en el Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL), que tuvo lugar durante el verano del mismo año en la Universidad de Puerto Rico. El tiempo transcurrido me lleva a completar, matizar o precisar algunos puntos del mismo (no a modificarlos, puesto que sigue expresando mi pensamiento en este momento, y no he encontrado razones que me obliguen a alterarlo) a la vista de estudios que entonces no habían llegado a mis manos, publicaciones recientes, etc., en la forma siguiente: 1) Mi tesis sobre el esencial paralelismo entre las instituciones esclavistas hispánicas y no hispánicas puede apoyarse ahora en el brillante trabajo de DAVID BRION DAVIS, *The problem of slavery in Western culture*, Ithaca, 1966, radicalmente opuesto a las tesis de Tannenbaum, Elkins, Freyre y Klein. Una aguda matización de mis propias concepciones puede obtenerse también de las investigaciones, basadas en metodología marxista, de EUGENE D. GENOVESE, por ejemplo, *The world the slaveholders made*, New York, 1959. Una rigurosa puesta al día del tema puede verse en LAURA FONER y EUGENE D. GENOVESE, *Slavery in the New World. A reader in comparative history*, Englewood Cliffs, 1969. 2) Los puntos de vista de Sidney W. Mintz y Charles Frake (notas 4 y 30 respectivamente) pueden ahora verse impresos en DELL HYMES (ed.), *Pidginization and creolization of languages*, Cambridge, 1971, pp. 481-496 y 223-242. 3) Mi trabajo sobre el criollo cubano (nota 16) se ha publicado ya bajo el título de "Algunas notas sobre la pervivencia del criollo en Cuba", en el *Boletín de la Real Academia Española*, LI (1971), pp. 481-491. 4) Algunos datos sobre el origen portugués de los criollos hispánicos pueden verse en mi artículo "Sobre el origen del «habla de negro» en la literatura peninsular del Siglo de Oro", en *Prohemio* (Madrid), II (1971), pp. 97-109. 5) La comparación de estructuras sintácticas y rasgos morfológicos entre el palenquero y un dialecto criollo-portugués africano, mencionada en el texto, podrá encontrarse en mi trabajo "Estructuras lingüísticas y relación genética en un habla *criolla* de Hispanoamérica", en *Filología* de Buenos Aires (en prensa). 6) Datos sociolingüísticos sobre los criollos de Hispanoamérica facilito en mi artículo "Un posible modelo para la descripción sociolingüística de las hablas *criollas* atlánticas con especial atención a las del área hispanoamericana", en *Zeitschrift für romanische Philologie* (en prensa).

